



La Navidad nos ha enseñado a adorar

Qué es la adoración

La adoración es el primer acto de la virtud de la religión. Adorar a Dios es reconocerle como Dios, como Creador y Salvador, Señor y Dueño de todo lo que existe, como Amor infinito y misericordioso. *"Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto"* (Lc 4, 8), dice Jesús citando el Deuteronomio (6, 13).

Adorar a Dios es reconocer, con respeto y sumisión absolutos, la "nada de la criatura", que sólo existe por Dios. Adorar a Dios es alabarlo, exaltarlo y **humillarse a sí mismo**, como hace María en el Magnificat, confesando con gratitud que Él ha hecho grandes cosas y que su nombre es santo (cf Lc 1, 46-49). La adoración del Dios único libera al hombre del repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo (CIC 1096-2097).

Adorar al Señor no es fácil, no es un hecho inmediato: exige una cierta madurez espiritual, y es el **punto de llegada de un camino interior**, a veces largo. La actitud de adorar a Dios no es espontánea en nosotros. Sí, el ser humano necesita adorar, pero corre el riesgo de equivocarse el objetivo. En efecto, si no adora a Dios adorará a los ídolos —no existe un punto intermedio, o Dios o los ídolos; o diciéndolo con una frase de un escritor francés: *"Quien no adora a Dios, adora al diablo"* (Léon Bloy)—, y en vez de creyente se volverá idólatra.

En nuestra época es particularmente necesario que, tanto individual como comunitariamente, dediquemos más tiempo a la adoración, aprendiendo a contemplar al Señor cada vez mejor. Se ha perdido un poco el sentido de la oración de adoración, debemos recuperarlo, ya sea comunitariamente como también en la propia vida espiritual (Papa Francisco).



GRANDES MODELOS DE ADORACIÓN EN NAVIDAD

1. ADORA LA VIRGEN MARÍA

María Santísima es el primer ejemplo, ejemplo sublime de adoración a su Dios. Solo Ella puede decir a Jesús: **"Mi hijo y mi Dios"**. Dice el evangelio que al nacer el Niño, *"lo envolvió en un pañales y lo recostó en un pesebre"*. La Virgen comprendía que aquel recién nacido era su Hijo, pero también su Dios, y tuvo el impulso de adorarlo, hincando su rodilla delante de Él en el pesebre.

“La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo.

Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando *lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (Lc 2, 7)* (San Juan Pablo II RVM,10).

2. ADORA SAN JOSÉ

Asombro, adoración, abandono (P. Morales)

El asombro creciente ante la elección divina, siendo él nada y nacido en pecado, le va llevando, cada día más, a una adoración más intensa. Desaparecía anonadándose. Se abismaba ante la belleza, la grandeza y la sencillez inmensa de un Dios Niño meciéndose en brazos de una Virgen Madre. Desfallecía San José en un silencio lleno, profundo... **Ese silencio que alaba la majestad de Dios**, *silentium Tibi laus* (Sal 65). Y, como no podía adorar a Dios con la plenitud que deseaba, "rogaba a los ángeles y suplicaba a la Virgen, su Esposa, le diesen por él alabanzas a Dios y le alcanzasen gracia para conocer y agradecer tales mercedes, que sobrepujaban sus merecimientos" (S. Juan de Ávila).

Asombro y adoración le conducían al abandono. Desaparecer amando, en todo y siempre, sólo la voluntad de Dios. Se deja llevar en lo más insignificante, confía hasta la audacia. Canta sin cansarse: "No quiero saber, no quiero entender, no quiero ver ni sentir. Sólo sé una verdad, y ésa me hace feliz. Dios es Amor, Dios es Poder, suma Bondad, sumo Entender". Miraba a la Virgen y repetía, abandonándose con Ella: "*Aquí está el esclavo del Señor; hágase en mí según tu palabra*".

Adoraba a Jesús con fe creciente, y contemplaba más y más la humildad y caridad de la Virgen. "Cuando consideraba que era Madre de Dios, se le agotaba el juicio. Salía de sí con admiración, y el corazón no le cabía en el cuerpo. La ternura y las lágrimas no le dejaban hablar. Daba alabanzas a Dios, que lo había tomado por marido de la Virgen, y se le ofrecía por esclavo" (S. Juan de Ávila).

Es el santo de las tres "A". Asombro, adoración, abandono. Te enseña a vivirlas. Sigue siendo Padre de Jesús en mi alma. "*Los primeros misterios de la salvación de los hombres, los confiaste, Dios Todopoderoso, a la fiel custodia de San José*", nos dice la liturgia. Cada uno de nosotros somos Iglesia, pero no podemos sin la oración "conservar fielmente estos misterios y llevarlos a su plenitud" (Oración de la misa).



3. ADORAN LOS PASTORES

En el Evangelio de San Lucas se cuenta que María y José se encontraban en Belén cuando ella dio a luz a su hijo primogénito. Como no había lugar en el mesón, ella alumbró en un pesebre y envolvió al niño en pañales. No lejos de ahí había un grupo de pastores que cuidaban su rebaño. Entonces, un ángel descendió del cielo y les dio la buena nueva de que en Belén había nacido el Mesías. Los pastores corrieron presurosos a la ciudad y ahí encuentran a María, José y su hijo tal y como se les había indicado. María escuchó lo que le contaron sobre la visita del ángel pero se guardó lo que le dijeron, meditándolo en el corazón.

Es la adoración de los sencillos, de los humildes. De los que se sienten muy necesitados del amor de Dios porque sólo en Él han puesto su confianza... A ellos se les abre el cielo en primer lugar, y corren presurosos, porque están muy cerca y velando en la noche

4. ADORAN LOS REYES MAGOS (Papa Francisco, homilía Epifanía, 2021)

Pongámonos en la escuela de los magos, para aprender de ellos algunas enseñanzas útiles: como ellos, queremos ponernos de rodillas y adorar al Señor. Adorarlo en serio, no como dijo Herodes: "Avísame dónde se encuentra para que vaya a adorarlo". No, este tipo de adoración no funciona. De verdad.

Tres expresiones de la liturgia de Epifanía nos pueden ayudarnos a comprender mejor lo que significa ser adoradores del Señor:

➤ **Levantar la vista.** «*Levanta la vista en torno, mira*» (6o,4).

Es una invitación a dejar de lado el cansancio y las quejas, a salir de las limitaciones de una perspectiva estrecha, a liberarse de la dictadura del propio yo, siempre inclinado a replegarse sobre sí mismo y sus propias preocupaciones. Para adorar al Señor es necesario ante todo "levantar la vista", es decir, no dejarse atrapar por los fantasmas interiores que apagan la esperanza, y no hacer de los problemas y las dificultades el centro de nuestra existencia.

Eso no significa que neguemos la realidad, fingiendo o creyendo que todo está bien. No. Se trata más bien de mirar de un modo nuevo los problemas y las angustias, sabiendo que el Señor conoce nuestras situaciones difíciles, escucha atentamente nuestras súplicas y no es indiferente a las lágrimas que derramamos.

Esta mirada que, a pesar de las vicisitudes de la vida, permanece confiada en el Señor, genera la gratitud filial. Cuando esto sucede, el corazón se abre a la adoración. Por el contrario, cuando fijamos la atención exclusivamente en los problemas, rechazando alzar los ojos a Dios, el miedo invade el corazón y lo desorienta, dando lugar a la rabia, al desconcierto, a la angustia y a la depresión. ... *Levanta la vista en torno, mira*: el Señor nos invita sobre todo a confiar en Él, porque cuida realmente de todos.

Por tanto, si Dios viste tan bien la hierba, que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿cuánto más hará por nosotros? (cf. *Lc 12,28*). Si alzamos la mirada hacia el Señor, y contemplamos la realidad a su luz, descubriremos que Él no nos abandona jamás: «*el Verbo se hizo carne*» (*Jn 1,14*) y permanece siempre con nosotros, todos los días (cf. *Mt 28,20*). Siempre.

➤ Ponerse en camino.

Antes de poder adorar al Niño nacido en Belén, los magos tuvieron que hacer un largo viaje. Escribe Mateo: «*Unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: "¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo"» (Mt 2,1-2)*. El viaje implica siempre una transformación, un cambio. Después del viaje ya no somos como antes.

En el que ha realizado un camino siempre hay algo nuevo: sus conocimientos se han ampliado, ha visto personas y cosas nuevas, ha experimentado el fortalecimiento de su voluntad al enfrentar las dificultades y los riesgos del trayecto. No se llega a adorar al Señor sin pasar antes a través de la maduración interior que nos da el ponernos en camino.

➤ Ver. «*Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2,11)*.

La adoración era el homenaje reservado a los soberanos, a los grandes dignatarios. Los magos, en efecto, adoraron a Aquel que sabían que era el rey de los judíos (cf. Mt 2,2). Pero, de hecho, ¿qué fue lo que vieron? Vieron a un niño pobre con su madre. Y sin embargo estos sabios, llegados desde países lejanos, supieron trascender aquella escena tan humilde y corriente, reconociendo en aquel Niño la presencia de un soberano. Es decir, fueron capaces de "ver" más allá de la apariencia.

Arrodillándose ante el Niño nacido en Belén, expresaron una adoración que era sobre todo interior: abrir los cofres que llevaban como regalo fue signo del ofrecimiento de sus corazones.

Para adorar al Señor es necesario "ver" más allá del velo de lo visible, que frecuentemente se revela engañoso. Herodes y los notables de Jerusalén representan la mundanidad, perennemente esclava de la apariencia. Ven pero no saben mirar ... **El Señor está en la humildad**, el Señor es como aquel niño humilde, que huye de la ostentación, que es el resultado de la mundanidad. Este modo de "ver" que trasciende lo visible, hace que nosotros adoremos al Señor, a menudo escondido en las situaciones sencillas, en las personas humildes y marginales. Se trata pues de una mirada que, sin dejarse deslumbrar por los fuegos artificiales del exhibicionismo, busca en cada ocasión lo que no es fugaz, busca al Señor.

Nosotros, por eso, como escribe el apóstol Pablo, «no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve; en efecto, lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno» (2 Co 4,18).

Que el Señor Jesús nos haga verdaderos adoradores suyos, capaces de manifestar con la vida su designio de amor, que abraza a toda la humanidad. Pidamos para cada uno de nosotros, y para toda la Iglesia, la gracia de aprender a adorar, de continuar adorando, de practicar mucho esta oración de adoración, porque sólo Dios debe ser adorado